

# José de la Colina (1934-2019)

El pasado 4 de noviembre murió José de la Colina, prosista admirable y generoso editor. Sirva el siguiente testimonio y su última colaboración como agradecido homenaje.

## Recuerdo de una semanarista

ANA GARCÍA BERGUA

**R**ECUERDO HABER enviado a Pepe, cuando colaboraba en el suplemento que dirigió durante tantos años, *El Semanario Cultural de Novedades*, un “asterisco” en el que me alegraba de la suerte de poder publicar ahí porque “es un suplemento que no se adorna con la literatura para ser ‘cultural’, cosa de la que, me temo, adolecen muchas publicaciones pues... ‘culturales’”. Y luego me ponía muy solemne quejándome de que las publicaciones culturales posmodernas debían tener literatura, ensayo político, crítica (de cine, de teatro, de rock, de ópera, de toros y de antros), página de chismes, monitos, novedad científica (pero que se entendiera, faltaba más), fotografía, horóscopos y erotismo. “El único problema de leer literatura en este tipo de publicaciones”, me quejaba, “es que no se deja leer, y la sensación de vacuidad lo persigue a uno a lo largo de sus páginas como un mosquito molesto aunque socarrón, eso admitámoslo. Da un poco de tristeza leer las cartas o los poemas de cualquier gran escritor

junto a la foto del pintoresco luchador Z o la buenisima actriz Y. Tal vez *El Semanario* no sea tan atractivo como estas ensaladas tan bien aderezadas, pero uno tiene la sensación quizá absurda, quizá tan vacua como todo lo demás de que sus lectores sí lo leen después de hojearlo”. Por supuesto no me lo publicaron y con razón. Pero, solemnidades aparte, es verdad que *El Semanario* era básicamente un suplemento literario (aunque incluía crítica de cine, teatro, pintura, etc.) y estaba hecho para leerse, no para hojearse. La más humilde columna de José de la Colina, como aquellas que hace un par de años contaban sus vicisitudes con un taxista a bordo de su “vochito”, tiene el cuidado y la gracia del oficio más alto y llama a detenerse en sus letras, a caracolear con él por la prosa y por la vida. En sus entrevistas, Pepe decía que él disfrutaba el acto de escribir y eso se sentía en toda su escritura, en el gozo que transmitía a ese suplemento en el que tantos escritores aprendimos nuestro oficio, cobijados por la gracia y la profundidad de Pepe. Yo creo que nunca terminaré de agradecerle esa generosidad. —

ANA GARCÍA BERGUA es narradora y ensayista. La novela *Fuego 20* (Era, 2017) es su libro más reciente.



# Revueltas, el topo, el alacrán y la ballena

**JOSÉ DE LA COLINA**

FORTALECIDO Y NO endurecido de una prisión a otra, de un grupúsculo marxista a otro, contrario a cualquier marximato, pero fiel siempre a su dolorida, gozosa veneración de la condición humana, a su marxismo una y otra vez interrogado, combatido en él mismo, Pepe Revueltas, tal como por primera vez lo vi en la Librería Zaplana de San Juan de Letrán, se adensaba en su morenez mate, en lo compacto y resistente de su estatura más bien baja. Un amigo que lo acompañaba le leía en voz alta algún rollo del Marx muerto y comentó: “Bien cavado, viejo topo, como dijo Marx”, y Revueltas, quedito, como no queriendo la cosa, entre dos intensas fumadas a un cigarrillo rudo, respondió: “Como dijo Marx después de que lo dijo Hamlet, compañero.”

Siempre me sucede –así son las cosas– asociar a Pepe Revueltas con el topo de Marx es decir de Hamlet es decir de Shakespeare. Algo de topo en la figura y algo de lechuza en la mirada tras las gafas últimas, sí, pero el topo otra vez y, de otra manera, en su militancia tenaz, intentando abrir galerías hacia la luz a través de la espesa y opaca realidad, laberínticos subterráneos en el zigzag paciente o febril de una dialéctica que, más que de tesis y antítesis, era sístole y diástole, su corazón dialéctico bombeando incansable, inteligente y buen hombre topo. Había en él una pasión de todo lo subterráneo, una fiebre de conde de Montecristo royendo su muro en busca de ese otro latido humano que se oye detrás de la piedra, del cemento y la cal. Ese tema obsesivo de Pepe: la prisión, y por si fuera poco: la prisión dentro de la prisión (como se ilustra en *El apando*, nombre que se le da a una supercelda de castigo, celda elevada al cubo), la cárcel donde el hombre se queda en la soledad más cerrada, abrazándose desolado en el quebranto. Qué palabra tan de Revueltas esa del *quebranto*, el momento en que nos quebramos, en que nos “sentimos” como se “sienten” cuando se resquebrajan los jarritos de barro: desde ese quebranto partía la militancia de Pepe Revueltas, desde ese dolor aceptado, analizado, combatido, reaceptado siempre, y hacia el horizonte donde empieza, donde nunca acaba de empezar el acto de cambiar el mundo, la vida, la humanidad...

Excavador excavado. Su alacrancito habitante del oscuro fulgor del interior del cuerpo, allí donde (como cuenta en su relato “Cama 11”) solo llega la cabeza de víbora metálica de la sonda médica para espiar, iluminándolos, obscenos órganos ocultos, las entrañas que fabrican el borborigmo y el gemido y el latido y el excremento. Alucinante geografía interior que somos: paisaje

nocturno, cálido, ciego, palpitante. Revueltas en el hospital tragaba la sonda, buceaba fascinado dentro de la profundidad oscura de su cuerpo, en busca de su, decía, “compañerito alacrán”, el natal alacrancito duranguense que se comía secretamente a Revueltas.

Pero, ah cómo no, alacrán dialéctico también: alacrán no solo de la moral, de la idea, sino del humor, no tanto un humor negro como un humor de filo de cuchillo, para quebrarle la madre al quebranto dándole una sopa de su propio chocolate. En alguna reunión humosa de cigarrillos, rumorosa de canciones un tanto anacrónicas y rurales, oí a un Pepe Revueltas enconchado sobre el cáliz confortante de una copa de cualquier alcohol, bueno o malo pero que raspe, desarrollar una de sus anécdotas de aguafuerte, vistiendo su historia fantástica con detalles circunstanciales de una cotidianidad verosímil. Era, digamos, la historia aquella de la Ballena Perseguida. Luego me ha ocurrido oír esa historia contada por varias personas, y según cada una de estas se trataba de la auténtica versión tal como la contaba Revueltas, y ninguna de las versiones era consistente del todo con las otras, con la mía: el hilo argumental es más o menos el mismo, pero los detalles varían y hay varios desenlaces bifurcados. Yo recuerdo el cuento así, con la voz media, mate, nada oratoria, de Pepe:

Yo iba en un tranvía Chapultepec-Zócalo, aquellos traqueteados tranvías melancólicamente amarillos, chirriantes en las vueltas, íbamos ahí muchas gentes, y de la calle comenzaron a llegar gritos de que una ballena se había escapado, herida por los guardianes, del zoológico de Chapultepec, y en la esquina un hombre, un hombre silencioso y con cierta rareza en la mirada, subió al tranvía, se agarró de la barra superior con mano temblorosa y me echó una mirada suplicante, para hacerme cómplice en su quebranto, y de repente, zas, no sé cómo, pero supe que ese hombre era la ballena –y a Revueltas le relampagueaban los lentes, como sonriendo en lugar de los ojos, y se veía que ahora esperaba que alguien le hiciera la pregunta inevitable, y sí, alguien le preguntaba: “¿Y cómo supiste eso, Pepe?”, y Revueltas tenía ahora una triunfal sonrisa labial, porque podía matar el cuento con el tiro de gracia poética-. Sí, el hombre era la ballena, era la compañerita ballena, esa y no otra era la conclusión correcta después de un somero pero riguroso análisis, porque se había gritado que la ballena había recibido un balazo en el corazón, y como estaba agarrado de la barra, su saco se había entreabierto, y en la camisa, a la altura del corazón, había una mancha de sangre que se iba agrandando, y el hombre, es decir la ballena, me suplicaba con la pura mirada: “No digas nada, compañero...” –

**JOSÉ DE LA COLINA** fue escritor, cinéfilo, periodista y secretario de redacción de la revista *Vuelta*.